

DISCUSIÓN

Revista mensual

Precio \$ 15.-

Abril de 1963

SUMARIO

Jean-Paul Sartre
Ursula Wassermann
Jorge A. Capello

I

Socialismo y Cultura
Plan contra Cuba
Cuba: El incidente del
"Ala"

Jean-Paul Sartre

SOCIALISMO Y CULTURA

La revista Rinascita pidió a Jean-Paul Sartre, aprovechando su reciente estadía en Roma, que ampliara algunos de los conceptos de su discurso en el Congreso mundial por el Desarme General y la Paz, realizado en Moscú en julio de 1962 (ese discurso fue publicado entre nosotros por Hoy en la cultura, N° 6). El artículo que sigue es la respuesta del filósofo francés a ese pedido, y apareció en el N° 23 de la mencionada revista italiana.

Lo que ante todo resalta es la militarización de la ciencia.

Se responderá que la guerra, con sus exigencias, siempre ha sido para la ciencia un factor de progreso. En parte es verdad, quizás el logro de la fisión del átomo fue acelerado por las exigencias militares; pero esa aceleración se ha conseguido al precio de graves desviaciones. Es exacto que la investigación científica nunca se ha desarrollado de una manera totalmente libre; empero, eso depende del hecho de que las sociedades no han conocido nunca otra paz que la armaca. Pero la guerra fría, que al mismo tiempo expresa la unidad del mundo y extrema sus contradicciones, produce como efecto necesario el desajuste de la ciencia en su totalidad, es decir, que se descuidan aquellos sectores que no son directamente útiles a la "de-

fensa nacional", mientras que en otros sectores, en cambio, se destruyen algunas estructuras orientándolas en una sola dirección sin ocuparse de las otras direcciones posibles. En cierto número de sectores es de rigor el secreto militar; y sin dudas, en los periodos de competencia capitalista numerosos procedimientos técnicos fueron ocultados por las empresas que los utilizaban, en tanto que otros eran deliberadamente descartados y, a menudo, eliminados, cualquiera fuese su valor, por la simple razón de que tales industrias tenían como finalidad el beneficio, no la abundancia. De cualquier modo, queda en pie el hecho de que en un nivel superior de investigación la ciencia exige y ponía en práctica la comunicación, la información y el acuerdo entre los investigadores, independientemente de los intereses de las naciones.

La guerra fría exige que, en ciertos sectores, las comunicaciones sean interrumpidas; pero va de suyo que esta ruptura artificial provoca graves consecuencias en todos los demás campos. En otras palabras, asignándole a la ciencia más desarrollada objetivos militares, se produce, en el plano de las investigaciones teóricas, un factor de separación. El mito, y a veces la realidad, del "espionaje científico" demuestran la profundidad del mal. El espionaje militar ha existido siempre, pero las invenciones en el campo de los armamentos, aunque derivadas necesariamente de los conocimientos e instrumentos científicos, no se han confundido siempre con las consecuencias inmediatas del saber teórico más elevado. En la actualidad, es la ciencia misma lo que constituye el secreto —por lo menos en algunos puntos esenciales—, y de golpe, como lo víramos en el caso de Oppenheimer y de tantos otros, ella misma se hace sospechosa aun a los ojos de quienes la utilizan. Secreto, espionaje y traición son estructuras presentes en la ciencia militarizada; las naciones no pueden definir un hecho cultural como tal, y en la medida en que se aplican a tal hecho, suoran en la negación de la cultura en lo interno de la misma cultura¹.

La teoría y la práctica son inseparables, y la primera, aun cuando se define como independiente, está directa o indirectamente subordinada a la segunda. El problema no es éste. Pero si la praxis que subordina a sus fines la teoría es de orden militar, la degradación se extiende del saber riguroso a todas las formas cultura es. A partir de la guerra fría y de la política de bloques cada producto del espíritu es utilizado como un arma. En otros términos, la literatura y las artes son anexadas a la propaganda. Pero esto no sería aún grave, desde el momento que si la propaganda es el instrumento indispensable de la política termina por convertirse en un elemento integrante de la cultura. Se trata, en vez, de una propaganda militar que despedaza la unidad real de cultura y reemplaza con una radical separación a las contradicciones fecundas que tal unidad nos muestra, introduciendo entre las obras del Este y las del Oeste una *no man's land* similar a la que separa las líneas ene-

migas. De una obra de arte o de un libro se hace una bomba. Y es Occidente, aquí, quien dirige la ofensiva y perpetra la agresión.

EL MÉTODO DE LA FALSIFICACIÓN

¿Cuál es el procedimiento más manifiesto? Se toma un libro, se le falsifica el sentido y se pretende que el lector encuentre allí la prueba de la indignidad del régimen enemigo. Esto puede hacerse de dos maneras: robanos una obra al adversario y devolvimosela falsificada, o bien tomamos un producto del propio país y aterramoslo con métodos atrevidos. El primer procedimiento no es nuevo; desde 1917 los diarios occidentales han devuelto en contra del régimen socialista las críticas que los diarios soviéticos publicaban abiertamente con el fin de corregir sus errores. Y mientras se limitó a esto, la cultura no sufrió. Pero en la actualidad es a los autores soviéticos a quienes se busca transformar en enemigos del régimen. Hay en la URSS jóvenes poetas que intentaron desviarse de las nuevas sendas; en pintura, no hace falta decirlo, estos jóvenes son parte integrante del régimen que los ha engendrado, y es en el marco de la construcción socialista donde ellos intentan sus experiencias, y las luchas que emprenden permanecen dentro del terreno de la cultura. Empero, un periodista de *Life* los ha calificado de opositores, enemigos del gobierno y del partido comunista. En consecuencia —¿cómo podríamos dudarlo?—, los artistas desconfían de los extranjeros de "buena voluntad" que pretenden comprenderlos y que, en cambio, a su regreso se apresuran a tratarlos como contrarrevolucionarios.

El mismo procedimiento fue empleado en el caso de Pasternak. No me corresponde a mí señalar lo que el gran poeta ha representado y representa todavía para las jóvenes generaciones; los soviéticos no ignoran, de cualquier modo, que Pasternak pasó su vida sin preocuparse demasiado de la política, y que los problemas, los verdaderos dramas y las grandes realizaciones de la URSS, a menudo los eludió. Eso significa, como recientemente ha escrito un estudiante soviético en un semanario parisiense, que los jóvenes —que conocen de memoria las poesías de Pasternak— no tienen interés en *El Doctor Zivago*, admirablemente escrito, según me han dicho, pero ajeno a sus preocupaciones. Empero, *El Doctor Zivago* fue robado a Rusia y publicado en Italia cuando aún no había sido impreso en la URSS, y se quiso hacer de Pasternak un mártir del anticommunismo, cosa que de ningún modo era, en primer lugar, porque ese solitario relatava su vida de mística soledad, soledad que hubiera sido más o menos la misma bajo cualquier régimen; y en segundo término, porque Pasternak gozaba de la consideración general. La maniobra, iniciada por la prensa norteamericana, tuvo las consecuencias que todos conocen, y concediendo

el Premio Nobel a un soviético, el jurado sueco ha creído premiar a un anticomunista, transformando su libro en una bomba cultural que debió haber estallado en Moscú.

EL HÉROE DE KAFKA COMO EL HOMBRE MODERNO

Otras granadas podrían extraerse de nuestras bibliotecas de Occidente. En el Congreso de Moscú he citado a Kafka. Es inaudible que se ha querido hacer de su héroe el hombre moderno, víctima de la burocracia, como si ésta no fuera el producto de las sociedades sumamente industrializadas, sean capitalistas o socialistas. Pero lo que salta a la vista es cualquiera sea que la burocracia constituye la última de las preocupaciones de Kafka. Sus relaciones con su hermano, la comunidad hebraica de Praga (a comienzos del siglo, y más exactamente durante el primer cuarto de siglo), y su problema personal (social y místico a la vez), he aquí lo que Kafka ha expresado en sus grandes novelas y en sus cuentos. Pero Kafka no es sino un ejemplo entre mil, ya que cada cinco años se descubre un refugio del Este que describe en un best seller las atrocidades del régimen y del cual se revela, después, que ha colaborado con los nazis. Uno de esos, a raíz del Premio Nobel, ha recibido el Goncourt. En este caso no se trataba tanto de una operación militar en contra de la URSS, como de una intimidación a sus amigos occidentales, y el final es bien conocido: la batalla se perdió.

Existe algo más grave aún: hay en Occidente hombres que organizan comités y congresos para defender la cultura. Hacen todo lo posible para convencerlos de que la cultura está amenazada, y esta operación, en apariencia ofensiva, consiúye en realidad una agresión premeditada. La palabra-bomba en este caso es "libertad"; se subraya que en el Este se carece de la libertad que existe, en cambio, en el Oeste y que constituye el terreno donde nuestras grandes obras florecen. Y bien, basta defender la cultura para destruirla. La cultura se hace, se deshace y se rehace ininterrumpidamente a partir de las instituciones, del movimiento de la historia, a través de las personas, los grupos y el concurso anónimo y rico de las masas. La cultura expresa entonces, no importa lo que los autores hayan pretendido hacer, a la sociedad en su totalidad. En la medida en que las sociedades son diferentes, las culturas son distintas; pero en la medida en que las técnicas de comunicación han permitido las relaciones entre las sociedades, es también verdad que en cada época se da una unidad cultural. Esa unidad no excluye las contradicciones, al contrario, ¿cómo concebir sin unidad una oposición real? Y son justamente estas contradicciones las que constituyen el motor de la historia de la cultura.

De cierto, cada obra, cualquiera sea el lugar donde nazca, es básica-

mente particular; expresa necesariamente a la colectividad que la produce; pero esa misma particularidad es un progreso hacia la universalidad en la medida en que otras comunidades la toman y la asimilan. Shakespeare expresa de modo particularmente claro un momento de la historia política, social y lingüística de Inglaterra. Representado en Francia, les dice a los franceses más o menos lo mismo que a su auditorio isabelino. Lo que se pierde es el contexto social que hacía orieinal para el público esta expresión de su vida por parte de un contemporáneo. Lo que se gana, inventado en el proceso de superación, es esa masa de significaciones que para un romántico francés llega a ser ejemplar y que será retomada y transformada en el prefacio a Cromwell. De esta manera, Shakespeare adquiere en la historia una dimensión universal gracias a sus particularidades. En la actualidad, el proteccionismo cultural rompe la dialéctica de lo particular y de lo universal. Este proteccionismo se basa en la particularidad nacional y, al mismo tiempo, pretende que ese concreto particularismo sea a la vez lo universal.

LA AGRESIÓN CULTURAL

Tal es lo que se hace en Francia con la "cultura greco-latina". Por cierto que no hay dudas de que el origen de nuestra cultura está en la antigüedad mediterránea (a pesar de que —para no limitarnos sino a ellas—, el aporte de las invasiones francesas ha sido considerable). Pero apenas reducimos la cultura a esa particularidad, con el pretexto de defenderla, surrimos todas las influencias que la controlan y la hacen evolucionar; la reducimos a su abstracta simplicidad y quebramos la frágil pero siempre activa unidad de espíritu objetivo. La cultura se quiebra: quedan dos culturas que no se comunican entre sí. Y no porque no puedan comunicarse, sino porque están trabadas. Aduanas, cinturón de fuego, no man's land cultural. Es la guerra; y la agresión cultural consiste, en efecto, en definir a la cultura greco-latina como universal, vale decir, como única, y con ello reducir todas las demás formas del espíritu objetivo a manifestaciones de barbarie.

Al mismo tiempo, se quiere imponer a los "bárbaros" esa única cultura válida. Cuando Bidault pretendía que defendiéramos en el Vietnam la herencia mediterránea, en realidad lo que quería era imponérsela a los vietnamitas. Por otra parte, ni siquiera quería eso, sino hacerse de una razón válida que le permitiera continuar con una guerra colonial de la cual los franceses estaban ya cansados. Y cuando se utiliza un argumento similar —la cultura mediterránea—, en contra de las democracias del Este, tal argumento es sólo aparente. En rigor, lo que se busca es defender el sistema capitalista por medio de su cultura, en contra de la expansión del socialismo.

En cuanto a la libertad, es preciso entenderse. Pienso que, en verdad, en ningún país la cultura puede desarrollarse sin un libre movimiento de las ideas, pero que la utilización de la cultura con fines bélicos puede conducir a la supresión de esa libertad. En sociedades austeras y fuertemente integradas, el hecho cultural, cualesquiera sean las reglas que se imponga, supera las prohibiciones y las asimila por el hecho de que expresa a la comunidad con todas esas prohibiciones.

La verdadera libertad cultural no es la del artista sino más bien la del público; quiero significar con ello que esa libertad es proporcional al hecho cultural, a la cantidad de estratos sociales que pueden beneficiarse. En Occidente, un cierto desorden da tal vez una mayor independencia aparente a un grupo de artistas, vale decir de privilegiados; pero la libertad cultural de un obrero especializado es prácticamente inexistente. El resultado es que el artista, libre desde un punto de vista formal, está en realidad dependiendo de un público preestablecido. O sea, es delineado y condicionado, no importa lo que haga por ese público, y por las restringidas exigencias de lectores y espectadores.

He señalado en otra parte cómo la burguesía parisiense ejerce sobre el teatro una verdadera dictadura (las salas de espectáculos están en el centro de la ciudad, lejos de los barrios obreros, el precio de las localidades es elevado, los críticos burgueses montan guardia, la burguesía es la que, en última instancia, decide, pues puede hacer fracasar una obra de un día para otro, atacándola). De esta manera el autor dramático está risurosamente controlado; a su vez él internaliza ese control con una cierta autocensura. Hay excepciones, pero escasean. Esta eficaz vigilancia hace inútil cualquier censura política. Al contrario, si el artista halla la manera de llegar a las masas, como sucede con el cine, la radio y la televisión, se hace de la censura una institución. Así, la libertad de la cultura es confundida con la libertad de las clases privilegiadas. Por cierto que un escritor puede aprovecharse de esa ambigüedad, puede engañar a la clase dirigente y hacerle tragar, dorándolas, píldoras amargas. Pero esto resulta imposible cuando la libertad misma —esa turbia agua en la cual el escritor pesca—, es dada como un valor al que háv que proteger. Tal como sucede cuando la autonomía cultural es reemplazada por la idea liberal e integrada en la ideología burguesa. Si el escritor del Oeste debe ser libre contra las democracias del Este, ya no es más libre.

Tal es, a mi juicio, la agresión cultural. Se diría que, paradójicamente, esa agresión sale de las democracias burguesas, o sea de sociedades cuya ideología ha dejado de ser por sí misma, desde hace un siglo, conquistadora. Pero la paradoja es sólo aparente: también se lleva en el Oeste una guerra cultural de tipo preventivo. Se trata de atacar, turbar, sembrar la confusión para evitar la verdadera competencia de las ideologías. No se trata, en verdad, sino de operaciones

dilatatorias cuya importancia sería relativa, si ese proteccionismo agresivo no induiese al Este, por una muy comprensible reacción, a una especie de aislamiento cultural. La ideología liberal, envejecida, se entrega a ataques inconsiderados pero continuos, y a menudo eficaces. La ideología marxista, la única que se adecua a nuestro tiempo, al actual movimiento de la historia, la única que podría absorberse y assimilar todas las verdades incompletas que los investigadores del Oeste han descubierto y a menudo dirigido en contra de ella, tiende a mantenerse a la defensiva. En lugar de tomar las armas del enemigo, en vez de conquistar la sociología occidental, la cibernética y la teoría de la información, el cálculo operacional, el psicoanálisis, las grandes obras de la literatura y del arte burgués, dando a todo ese material su verdadero fundamento, integrándolo en un sistema con el cual no se contradice sino en la medida en que permanece separado de él, la ideología marxista opone un rechazo sistemático, ve esos productos como algo totalmente averiado y que podría envenenarla; se condena a hacerlo todo por sí misma, rechazando las castañas que el enemigo saca del fuego para ella.

De este modo, el marxismo hace, sin quererlo, el juego a sus adversarios. Rechazado, el psicoanálisis se hace antimarxista, y se convierte así en un arma en contra del Este; y lo cierto es que esta disciplina no está a favor o en contra de nada, pues carece de un fundamento ideológico. Si fuera asimilado por el marxismo, el psicoanálisis no podría ensuciarse y tal actitud eliminaría sus errores, limitaciones, desviaciones, haciendo de lo que quedara su propia sustancia.²

La ofensiva del Oeste y la defensiva del Este producen un sólo resultado: la creación de una línea de fuego que separa dos culturas que no pueden vivir sino enfrentándose, y que, distanciadas una de la otra, corren el riesgo de aniquilarse. No se me oculta, en verdad, que la que debe prevalecer en toda la línea es la cultura marxista. Es menester que se lance al combate, que utilice la vieja regla del judo: tú me tiras, yo te empujo; tú me empujas, yo te tiro; lo cual quiere decir: "Adopto todas las trampas del adversario y al final será él quien quedará prisionero de su propio juego. Se me molesta, desde lejos, con esta o con aquella teoría, con esta o aquella obra; y bien, yo la tomo, la critico, la someto al tratamiento más completo y escrupuloso. Una vez hecho eso, tal teoría, u obra, me pertenece, yo conozco la verdad, en tanto que mis enemigos que la enarbolan no han visto sino los errores".

LA IDEOLOGÍA MARXISTA Y LOS PRODUCTOS BURGUESES

Podemos comprender esta actitud: los países socialistas, pacíficos, cercados militarmente por las potencias imperialistas, conocen los peligros que los amenazan y saben que sólo la vigilancia puede protegerlos.

Y es justamente por esto que la cultura es tratada como una quinta columna que el enemigo trata de introducir entre las propias filas; pero así se olvida que el arma cultural se vuelve siempre en contra de los que la emplean. En realidad sí, como queremos augurarlo, la coexistencia pacífica y competitiva sucederá un día a la guerra fría, sus leyes deberán imponerse también a las obras de arte, a las obras del espíritu: la cultura debe ser unitaria y debe entrar en competencia. En lugar de estar separados por fronteras, los productos culturales deben enfrentarse, revivir volviendo a encontrar sus contradicciones. La lucha ideológica debe reiniciarse, encarnizada pero sin belicidad; como se suele decir a los boxeadores antes del combate: que gane el mejor. Kafka pertenece a la tierra. Pero él quedará y con él toda su obra, para quienes mejor lo hayan comprendido, y para quienes mejor lo hayan utilizado en el campo cultural: para aquellos que mejor hayan liberado su latente universalidad de su particularismo histórico y personal.

Por falta de esto, en la actualidad ese muerto es como si no existiera. Que la victoria sea de aquellos que hayan sabido ayudarlo, en el espíritu objetivo, a llegar a ser lo que era. Sí, como yo creo, la ideología marxista es la única capacitada para cumplir tales operaciones críticas; ¡qué triunfo podría anotarse, no sólo en el Este sino también en el Oeste! Qué auros para la ideología liberal cuando un autor ruso escriba —utilizando todas las metodologías, pero sobre la base de los fundamentos de la ideología marxista— “una explicación de Kafka”, permitiendo así a las generaciones jóvenes hallar en él algunos de sus propios problemas, merced a aquella actitud super nacional y esa distancia que son los factores de la universalización. En una palabra, la militarización de la cultura, consecuencia de la guerra fría, produce como efecto el aislamiento de las zonas de cultura y su separación; más que enfrentarse, permanecen inertes, cara a cara. El único remedio para esto es restablecer una unidad competitiva, una lucha ideológica que hará revivir las ideas y las obras hasta el día, ya próximo, en el cual una de las dos ideologías, más amplia y más rica, absorberá a la otra.

Al parecer el momento es favorable; la ideología marxista, durante mucho tiempo frenada por el peligro de la guerra y por las necesidades políticas, ha recommenzado a vivir. La crisis del marxismo —abierta desde 1952— se ha traducido en Occidente en una cierta fragmentación del pensamiento: pululan los ideólogos marxistas que no están de acuerdo entre sí, y que no lo están —no es preciso decirlo— con la ideología marxista del Este. No importa. Esta fragmentación no es totalmente negativa en sus consecuencias. Tales teóricos —aun cuando se los deba combatir— son preciosos intermediarios entre una ortodoxia algo conejada y los ideólogos burgueses más o menos atormentados por la duda.

Mediante ellos, esta o aquella obra de la cultura burguesa puede ser en parte asimilada, y en parte digerida; a través de su interpretación, aunque a los críticos socialistas les parezca incompleta, ellos realizan una especie de mediación que a su vez permitirá afrontar otras obras y otras doctrinas. Inducen a los teóricos, los críticos de arte, los críticos literarios, a marchar más adelante que ellos, a readaptar sus conceptos acerca de las nuevas obras. En suma, aun cuando su inestabilidad deja ver claramente que algún día desaparecerán, esos hombres contribuyen a poblar la *no man's land* cultural.

A la vez, observamos en el Este una renovación cultural de grandísima importancia: la pintura se plantea interrogantes, la arquitectura alentada por Khrushchev empieza a encontrarse a sí misma, los debates culturales —tal el realizado a propósito del edificio del Congreso— retoman vigor. En ciertas revistas, como *Novy Mir*, la literatura se interroga acerca de su esencia, afronta su contradicción más profunda: ¿cómo servir al socialismo preservando a la vez la autonomía del hecho literario? Entre todas las artes, el cine es lo que ha sufrido la evolución mayor. También entre el público se ha establecido un vínculo nuevo, especialmente entre los jóvenes, entre los distintos sectores de la cultura. Para muchos, la técnica y la poesía constituyen elementos complementarios: son los ingenieros, los técnicos los diseñadores industriales, los obreros especializados, quienes en todo el país hacen el éxito de un Evtuschenko, o de un Voznesenski. En cuanto a Kafka, por ejemplo, los hombres de mi generación desconfían todavía un poco de él, temen su pesimismo. Pero los jóvenes tienen curiosidad, y el año próximo uno de sus relatos será publicado en la URSS.

Nunca como en la actualidad la situación de la cultura ha sido más favorable. Ya no se trata de proteger a una juventud totalmente entregada a la construcción del comunismo y dotada de una desarrollada conciencia social en contra de los venenos de Occidente, sino que esa juventud sabrá elegir por sí sola, sabrá rechazar aquello que, aun sin dañarla le parecerá simplemente inútil, sabrá tomar lo que pueda servirle. Pero no es eso todo. Con sus problemas, sus culturas, sus legítimos rechazos y sus exigencias, el advenimiento del Tercer Mundo desarrolla el espíritu objetivo: él da, toma, llega a ser árbitro. Es contemporáneamente interlocutor e intermediario; v nosotros, tanto en el Este como en el Oeste, somos en sus confrontaciones interlocutores e intermediarios.

Por vez primera, con la lucha por la independencia y la soberanía emprendida por las naciones “subdesarrolladas”, la historia se ha hecho verdaderamente universal. Lo que es verdadero para el conjunto de las actividades humanas, lo es también, necesariamente, para la cultura, que no es sino la expresión (o, si se quiere, que está constituida de las mismas actividades en cuanto ellas son significativas y significadas).

Sobre la base de la unidad real de la historia, debe realizarse la contradictoria unidad de las culturas. Es hora de que esta unidad, como fundamento y como fin, tome conciencia de sí. Y tal cosa no puede hacerse sino mediante los hombres de cultura, vale decir a través de aquellos que no tienen más medio de practicar la cultura que haciéndola. Es por esa razón que en el Congreso de Moscú propuse una reunión de escritores de todos los continentes que pudieran verificar contemporáneamente su solidaridad, sus acuerdos y sus contradicciones, y que se propongan luchar juntos en contra de la separación de las formas culturales y por la libre discusión, en todas partes; por una libre confrontación de las ideologías y de sus productos. Los escritores soviéticos y muchos escritores del Tercer Mundo se manifestaron favorables a esta propuesta. La Comunidad europea de escritores accede a secundarnos (cabe augurar que comunidades semejantes se constituirán en África, en Asia, en todos los continentes, y que también ellas se declaren dispuestas a favorecer ese encuentro). No nos queda, actualmente, sino aguardar el desarrollo de nuestra idea común.

(Traducción del italiano de A. G.)

CeDInCI

* El uso destructivo de conocimientos que debieran servir a la construcción de la sociedad constituye el peligro mayor. Tal los millones de muertos que provocaría una guerra atómica. Y lo que básicamente cuenta son los peligros crecientes para todos provocados por la mera preparación de esa guerra. Como es obvio, me limito al terreno cultural (aun cuando sea imposible separarlo de los otros campos, salvo mediante una abstracción), ya que las cuestiones aquí expuestas sólo se refieren a él.

* N. del T.: Ver, sobre el particular, el trabajo de José Bleger "Psicoanálisis y Marxismo", en *Cuestiones de Filosofía*, Nros. 2 y 3.

* Kafka no es enteramente pesimista. Se trata de algo muy distinto, pero no es esta ocasión de hablar de ello.

Ursula Wassermann es colaboradora permanente de importantes publicaciones del viejo y del nuevo mundo: Il punto, de Italia; el National Guardian, de Nueva York; el New Statesman, de Londres; The Monthly Review, de Nueva York; Marcha, de Montevideo, etc.

Entre sus libros, cuentan principalmente: I was an american (ed. Bodley Head, Londres), Nazi War Propaganda: a sociological study (en colaboración; ed. Oxford Univ. Press), The Black Book: The Nazi Crime against the Jewish People (ed. Duell, Sloan & Pearce, Nueva York).

Sucedé ahora que casi diariamente se filtra una u otra noticia "confidencia" en el sentido de que Kennedy no se siente atado por su promesa a Khrushchev de no invadir a Cuba. El presidente mismo, claro está, nunca renegó de su promesa, pero toda suerte de personas que declaran tener "entrada" a la Casa Blanca continúan haciendo afirmaciones de ese tenor, especialmente al sur de Rio Grande. Alguna "primicia" periodística ocasional declara que Dean Rusk lo ha dicho en tales y cuales palabras, tanto ante la Comisión para Asuntos Extranjeros del Senado como en la sesión secreta de la OEA.

La influyente Prensa de Buenos Aires publicó el 2 de enero una nota de Guillermo Martínez Márquez, fechada en Nueva York, en la que aquél sostenía, sin ofrecer las fuentes que el "representante de los EE. UU. en la sesión secreta de la OEA insistió en que la crisis cubana no había terminado"... y que si bien "después de la liberación de los prisioneros de Bahía Cochinos, Kennedy quiere inhibirse de una acción directa", la mayoría de los gobiernos representados en la OEA entendían que la acción directa continuaba siendo lo indicado. "El 23 de octubre de 1962", agregaba el despacho, "la OEA adoptó por unanimidad 'la acción colectiva', sin precisar qué clase de acción colectiva iba a ejecutarse... Esta acción tendrá lugar tan pronto surja un 'promotor' en el sur", es decir, en sudamérica, y añadía que "Bentancourt sería sin duda el mejor". El despacho concluye con una afirmación aun más alarmante: "Un día cualquiera del almanaque de 1963 caerá la hoja que marcará el fin de la pesadilla castrocomunista en Cuba. Estará de acuerdo con alguna de las soluciones, o de los rumores que alientan los exilados, o arrancará de otra fórmula no menos absurda en la que tal vez nadie ha pensado hasta el presente. Pero

vendrá, porque el catrocomunismo está condenado a desaparecer, como semilla estéril, seca y muerta ya sobre la rica tierra cubana".

Que estos rumores significan algo más que meras maquinaciones de exilados —todos los exilados del mundo, claro está, siempre hacen planes y complotan— puede ahora confirmárselo, desgraciadamente. Desde luego no hay tal cosa como unanimidad en la OEA, ya que Brasil se desentendió hace tiempo de cualquiera de las denominadas acciones colectivas contra Castro. Con todo, entre los restantes miembros latinoamericanos existe un número suficiente de intereses creados para ayudar a planificar y complotar la caída de Castro. Fuentes irrecusables permiten ahora afirmar que el plan para la próxima invasión a Cuba está ya completo, un plan elaborado por "gorilas" y oficiales de Lima, Caracas, Buenos Aires y Santiago de Chile, grupo especial que aparentemente dentro de la OEA está afectado a esta labor.

El plan requiere antes que nada el pronto establecimiento de un gobierno cubano en el exilio, que habrá de ser reconocido por todos los estados pertenecientes a la OEA. Si bien es dudoso que Brasil entre en el juego, el plan insiste, sin embargo, en la unanimidad, y pide que se presione al gobierno que se muestre renuente en acatarlo. Una vez que el gobierno en el exilio sea reconocido, se concentrará una fuerza para la invasión que no contará con ningún respaldo abierto de Washington. Varios gobiernos sudamericanos proveerán de aviones y destructores, y una "fuerza cubana" apoyada por sus "hermanos" de toda Latinoamérica desembarcará en cierto lugar de Cuba. Habiendo reconocido al gobierno en el exilio como el único gobierno legal de Cuba, la OEA, encabezada por el "promotor" del tipo mencionado por *La Prensa*, solicitará entonces el apoyo de Washington, que, a su vez, ha de conceder todas las facilidades de la base de Guantánamo, desde donde se lanzará una franca invasión. Este será "el día de 1963 en que caerá la hoja que marcará el fin de la pesadilla castrorcomunista".

Tal es el plan. Existe por escrito y con todos los detalles. Se dice que cuenta con el pleno respaldo del Pentágono, pero no del Presidente. Con todo, los autores se sienten seguros de que cuando llegue el momento, el Pentágono podrá ejercer la presión suficiente en la Casa Blanca como para hacer que también Kennedy sea de la partida.

Todavía hay tiempo de detener esta locura. Pero va quedando poco.

Jorge A. Capello

CUBA: EL INCIDENTE DEL "ALA"

El titular más importante de la primera página de *La Nación* del viernes 22 de febrero estaba dedicado al ataque perpetrado por aviones Mig cubanos a un buque norteamericano, el *Ala*.

"Al conocer el incidente —informa *La Nación*—, varios parlamentarios norteamericanos expresaron inmediatamente su indignación y algunos de ellos preconizaron medidas de represalia."

La Casa Blanca no se mostró menos indignada:

"El gobierno de los Estados Unidos aguarda una explicación circunstanciada por parte del gobierno cubano", dice el comunicado que emitió la Casa Blanca, y agrega que "han sido dadas instrucciones a las Fuerzas Armadas para que tomen todas las medidas necesarias a fin de impedir la repetición de un ataque semejante".

Se habló, incluso, de "persecución impachable" en caso de una nueva agresión. "El que haya 'persecución impachable' dependerá de los acontecimientos", dice *La Prensa* que cita Kennedy.

En respuesta, Radio La Habana transmitió un comunicado del Ministerio de las Fuerzas Armadas que "rechaza y niega categóricamente esta nueva imputación".

La Nación dedicó al asunto, exactamente, 518 palabras, de las cuales, 475 para dar a conocer el punto de vista de EE. UU. y 43 para dar a conocer el punto de vista cubano.

Al día siguiente, sábado 23 de febrero, la cuestión desapareció de la primera plana. En la página segunda del mismo diario, un telegrama de 121 palabras informaba lo siguiente:

"El Secretario de Defensa, Robert S. McNamara, declaró que los pilotos norteamericanos fueron prudentes al no disparar contra los Mig cubanos que hicieron fuego cerca de un barco pesquero de Florida.

"El barco no desplegó la bandera norteamericana —indicó McNamara al presentarse ante una sesión secreta de la Comisión de servicios armados del Senado—. Esto —continuó McNamara— podría indicar que ni los Mig ni los pilotos norteamericanos sabían que el barco era norteamericano.

"McNamara agregó —sigue *La Nación*— que las fuerzas militares norteamericanas deben estar seguras de los hechos antes de usar sus armas. 'Buscamos evitar incidentes impulsivos', expresó."

Extraña historia: en menos de veinticuatro horas, EE. UU. daba las explicaciones que pedía y justificaba la supuesta agresión.

En la Unión Soviética, entre tanto, había hablado el Mariscal Rodion Y. Malinovsky, Ministro de Defensa.

"Nos gustaría prevenir a los círculos agresivos de los Estados Unidos que un ataque contra la República de Cuba significaría la tercera guerra mundial", dijo Malinovsky. "Si se ataca a Cuba —afirmó—, la Unión Soviética estará en las primeras filas entre los que vayan en su ayuda". Y agregó: "Una vez más recordamos firmemente a los líderes occidentales que la Unión Soviética no puede ser intimidada. La potencia de nuestra reprensión será más que suficiente para que los agresores queden carbonizados en las primeras horas de guerra".

El discurso de Malinovsky, pronunciado en ocasión del 45 aniversario del Ejército de la Unión Soviética, fue claro y resuelve muchas cosas. Coexistencia pacífica, sí, pero no a costa de Cuba. Tal, en síntesis, su significado. Krushev —o, vídabamos decirlo— estaba presente en el acto en que habló Malinovsky.

Los incidentes entre EE. UU. y Cuba están, por así decirlo, en el aire, y si no son parte del plan agresivo de los norteamericanos, es evidente que por lo menos serán aprovechados agresivamente por éstos.

El discurso del Mariscal Malinovsky, sin embargo, introduce cierta razonable seguridad de que serán mantenidos estrictamente en la órbita diplomática.

Los círculos norteamericanos más belicistas querían invadir, no cabe duda, pero la prudentísima política de Cuba y la Unión Soviética —prudente hasta el sacrificio— ha venido frustrándoles la intención. El propio Secretario de las Naciones Unidas reconoció ese sacrificio, al aseverar en su reunión con Castro del 30 de octubre próximo pasado que las exigencias de Estados Unidos no estaban amparadas por el derecho, sino por la fuerza. Tal es, dijo entonces U Thant, la opinión de los 45 países neutrales del mundo. Pero se trataba de salvar la paz y Cuba y la Unión Soviética cedieron y las armas cuestionadas fueron retiradas. Posteriormente anunció Krushev que asimismo serían repatriados miles de soldados soviéticos con asiento en Cuba.

Aparte las consecuencias de guerra total a que puede dar lugar la invasión, y aunque no fueran ellas inevitables, no creemos que el ataque militar directo sea la política más conveniente para EE. UU., y Kennedy y su equipo, bien que forzados por la realidad, parecen ahora advertirlo así. ¿No importaría la invasión un desprestigio total para los norteamericanos, particularmente en América Latina? La creación de incidentes, en vez, y la constante amenaza, pero sólo amenaza, de invasión, esto es, la invasión fría, le facilita a EE. UU., paradójicamente, la violación de todo derecho, constante de su política respecto a

Cuba, y, lo que es aun más importante, tender, con la excusa cubana, pinzas de hierro en torno al resto de América Latina.

Ilustrativo, respecto a tal estado de cosas, es lo ocurrido en EE. UU. en las últimas semanas. Para los lectores que prefieren testimonios de conservadores —en sentido inglés—, transcribo el siguiente párrafo de *The Economist* del 16 de febrero:

"La semana pasada —dice *The Economist*— el Secretario de Defensa, señor McNamara, fue protagonista de una presentación televisiva extraordinaria, de dos horas de duración, durante la cual mostró fotos de 'reconocimiento' tomadas por sobre territorio cubano desde diferentes alturas. Esta presentación puso fin a toda duda razonable sobre si Rusia había retirado los proyectiles de largo alcance y los aviones de bombardeo. Constituyó, además, una demostración memorable y pública de la asombrosamente eficaz minuciosidad con que las cámaras fotográficas de los militares proveen de material bruto a los servicios de inteligencia, y asimismo una demostración de la paciencia e ingenio con que este material es organizado y analizado de modo que conduzca a conclusiones inamovibles. La exposición convenció a todos menos a los más escépticos de que todas estas armas 'ofensivas' habían sido realmente localizadas, que no quedaba ninguna, y que ninguna, además, había sido traída de vuelta".

El párrafo transcrito suscita dos cuestiones:

1º) ¿Con qué derecho los aviones norteamericanos violan el espacio aéreo y fotografían palmo a palmo el territorio cubano? No parece necesario responder.

2º) ¿Por qué se sigue hablando de invasión ante los resultados de esa inspección?

Hemos hablado ya de la invasión fría, de la amenaza constante de invasión para justificar y hacer aparecer como corrientes actos agresivos injustificables, a los cuales se da incluso divulgación televisiva, según lo acotado más arriba. Agreguemos ahora, complementariamente, que tal política no necesita ser fomentada. Como decía Macedonio Fernández, "está por inventarse un refrán" en los EE. UU., a saber: "Nunca falta un senador". En la oportunidad, el senador es el señor Keating, representante de Nueva York. Parece ser que el senador Keating dispone de un servicio privado de inteligencia que le permitió aseverar, cuando Kennedy lo negaba, que en Cuba había armas más o menos ofensivas. Ahora el senador Keating insiste en que no todas las armas de ese tipo fueron retiradas, y encuentra crédito, debido a que en la oportunidad anterior tuvo razón. La corriente invasionista caliente, representada por el senador Keating, se opone así a las concepciones de Kennedy y su grupo, pero al mismo tiempo las favorece, en cuanto el peligro de que aquella cristalice obliga a tomar en consideración las

dos famosas líneas de la política norteamericana y a estimar que se ha ganado mucho cuando se ha evitado la invasión, y aunque esto es indudablemente cierto, sirve, según lo hemos visto, para una política extremadamente agresiva en el resto de América Latina y para justificar cualquier otro ultraje a Cuba.

¿Cuánto durará esto? Yo no creo que dure mucho. En una nota reproducida por *Clarín* del 24 de febrero, Walter Lippman habla de un "extraño acuerdo sobre Cuba, no suscripto pero vigente", según el cual EE. UU. puede realizar reconocimientos aéreos sobre territorio cubano sin la intromisión de la artillería antiaérea. Walter Lippman pretende justificar así la cuestión de derecho que nos planteamos más arriba y a la que no consideramos necesario contestar. A una situación de hecho le da el nombre de "acuerdo no suscripto". ¿No reprochará mañana a Cuba haber faltado a su palabra de permitir la cotidiana violación de sus fronteras? A nuestro juicio, el fin del supuesto "extraño acuerdo" no puede —no debe— demorarse. Pero, claro está, la humanidad vivirá entonces otra hora de extremo peligro.

FEBRERO DE 1963

CeDInCI

DISCUSIÓN

Director: JORGE A. CAPELLO

Toda correspondencia a nombre del director, Casillo de Correo 158, Sucursal 1, Buenos Aires.